

Casa con terraza azul

Kathy Serrano

Desnuda sobre él, Venus suda, grita, ríe, llora, sube y baja, sube y baja. La cabellera lacia y negra se sacude dando coletazos de un lado a otro. Suda, grita, ríe, llora, sube baja sube baja sube baja sube. Su espalda se arquea y por un instante su cuerpo se suspende en el tiempo. Ahoga un gemido y cae sobre el torso mojado de Peter. Escucha solo su propio corazón agitado. El de Peter parece estar en silencio. Levanta la cara y lo mira a los ojos, un par de abismos radiantes. Vértigo. Ahuyenta las ideas. Hace siglos que no transpiraba así, entonces lo besa y se ríe y él la besa y se ríe. Ella se tumba a su lado. Se toman de las manos y se quedan quietos, mirando al techo o la nada.

169

Venus trae un par de cervezas. Camina desnuda hasta la cama. Tienes unos hombros hermosos, le dice Peter, mientras recibe la botella y rechaza el vaso. Venus observa cómo él bebe la cerveza: unas gotas se escapan y resbalan por ese torso firme. Ella sigue el camino de las gotas que, inevitable, llegan hasta su sexo. Hace cuánto vives aquí pregunta él y ahora ella lo mira a los ojos. Comienza la etapa de preguntas, piensa. Le cuenta cómo hace 2 años se quedó sin casa por un derrumbe. Salió a buscar por las calles y encontró el pequeño edificio rosa por casualidad. Llamó su atención un aviso minúsculo en una ventana del primer piso. Se enamoró de la terraza azul del departamento, de la vista a la montaña, del baño amplio con la tina de patas negras, de la escalera cuadrada y de una sensación de hogar. A los pocos meses los vecinos del piso de arriba tuvieron que irse. Y, tiempo después, los vecinos de abajo también. El edificio se quedó vacío y ella

disfrutó de esa soledad. Silencio por todos lados. Silencio en la casa y silencio en la vida. Hasta hace tres días.

Él la mira y su mano se desliza hacia los pies de Venus. Esparce la cerveza que le queda sobre los dedos, la planta, el empeine; luego se inclina y comienza a lamer suave, continuo. Ella se recuesta, se retuerce, se moja. Ella derrama lo que aún le queda de cerveza sobre su vientre y Peter se lanza y sorbe el líquido, suave recorre con la lengua su vientre, sus senos, su cuello, su boca. Los cuerpos se entreveran, se combinan, se amalgaman. Las manos recorren con fiereza la espalda, las nalgas, los muslos. Se encaprichan con la carne. Se hunden en la piel. Los labios se muerden, las lenguas se abrazan. Venus recuerda como un chispazo el derrumbe de su vieja casa y la cara de Peter se confunde con otra cara. Ella cierra los ojos y Peter se mueve frenético y ella le pide que no se detenga, que siga, sigue, y él acelera y ella llora y pide más y más y más.

170

Venus saca del horno la pizza humeante. El olor a pepperoni, jamón, queso, y albahaca inundan el espacio. Peter sirve las copas de vino tinto: un reserva argentino que encontró en el barcito de la sala. Entonces ella le dice que hace mucho que no prepara esa pizza y él asiente con la mirada. Le gusta, piensa ella, y de nuevo es otra cara la que ve en Peter. Los mismos ojos, la forma de saborear los trozos calientes, el silencioso deleite, su vieja casa y el derrumbe. Mejor no pensar. Por eso le pregunta si sabe lo que ocurrió en el departamento que él ocupa ahora, y él sólo la mira y toma un poco de vino y muerde otro pedazo de pizza cuyo queso se enreda en hilachas. Entonces ella le cuenta del muchacho y de su padre, de los gritos de la madre cuando encontró los cuerpos, el del hijo en el baño con la correa en el cuello colgando de la barra de metal, el del padre sobre la cama del hijo con un disparo en la cabeza. Salieron huyendo, le dice, y ya nadie quiso vivir en el apartamento. Los del primer piso

se fueron por otras cosas, dicen que por seguir a la hija que emigró al norte. La hija del norte. Dejaron el departamento intacto, como si hubiesen salido a comprar o a trabajar y estuvieran a punto de volver en cualquier momento.

Peter se echa en sus piernas. Sus ojos se iluminan de una forma distinta. Han pasado solo tres días desde la primera noche y siente que lo conoce de toda la vida. El día que ella escuchó sus pasos subiendo y bajando por las escaleras, supuso que alguien por fin había decidido instalarse en el apartamento de arriba. Por eso fue a tocarle la puerta. Un impulso la empujó a tomar la iniciativa. Después de tanto tiempo sola tenía que saber a quiénes tendría como vecinos. Subió despacio y él estaba allí, como saliendo del departamento, como si estuviera esperándola. Esos ojos fueron los culpables. Le recordaban a alguien. Se vio a sí misma sonriendo, invitándolo a su casa a cenar aquella misma noche. Por cortesía le dijo que la invitación era para él y para su familia y entonces él le dijo que se llamaba Peter y le aclaró que estaba solo y que estaría en su casa con gusto a las 9:00. La cena llevó al vino y el vino levantó los ánimos y desde aquella noche los cuerpos se encuentran, enfrentan y retan una y otra vez en abrazos, gemidos, sudores. Y el rostro de Peter se le confunde a ella como fogonazos. Pero no quiere recordar, no quiere que esto se acabe, no quiere que salga del departamento.

Venus despierta asustada por los golpes a su puerta. Está desnuda y la cama revuelta. Que esperen. Entonces se estira y su piel le recuerda las últimas tres noches. Se levanta y viste una bata. Mira a su alrededor y Peter no está en la habitación, ni en el baño, ni en la cocina. Atraviesa la sala y los restos de pizza, las botellas de vino y cerveza están por todas partes. Sonríe y su vientre recuerda y siente que un líquido tibio se instala en su entrepierna. Revisa por última vez y se cerciora de que Peter se ha ido. Subiré a verle en

un rato, se dice. Abre la puerta y un ramo de rosas blancas está en el suelo. Recuerda su vieja casa, las flores blancas, ese rostro, el derrumbe. María, la encargada de limpieza del edificio, viene bajando las escaleras. Es lunes confirma Venus. Le pregunta si vio quién dejó las flores y María le dice que no ha visto a nadie y que le parece extraño porque la puerta de abajo está cerrada y el intercomunicador no funciona. Venus toma las flores y, antes de entrar, se decide y le pregunta a María si ya conoce a Peter, el nuevo vecino del piso de arriba, el que se mudó el viernes. Pero María le dice que arriba no hay ningún nuevo vecino, que acaba de limpiar el apartamento como todos los lunes y que sigue vacío. Venus regresa a la sala y se detiene. El rostro de Peter se mezcla con el derrumbe. Inmóvil observa que ya no hay desorden ni restos de pizza ni botellas de vino. El apartamento está ordenado como siempre. Deja las flores sobre la mesa. Lenta recorre el lugar, va hacia la habitación, la cama está hecha, el baño, la cocina, todo impecable, todo está en su lugar. Todo sigue en silencio.

Kathy Serrano (1968). Actriz, directora de teatro y escritora peruano-venezolana. Máster en Artes por el Instituto Estatal Ruso de Artes Escénicas de San Petersburgo. Sus cuentos aparecen en *Una voz que existe* (Planeta, 2019), *Historias mínimas. Microficción* (Dendro, 2020), *El Día que regresamos* (Pandemonium, 2020), *En el Camino. Nuevas voces de la minificción latinoamericana* (Quarks, 2020), *21. Relatos sobre mujeres que lucharon por la Independencia del Perú* (Copé, 2021) y *Ucrónica. Rutas alternativas a la realidad* (Pandemonium, 2021). Dirige laboratorios de escritura creativa. Su primer libro, *Húmedos, sucios y violentos* (Estruendomudo, 2020), fue nominado a mejor libro de cuentos en el Premio Luces, 2020.